

Anatomía del Anticomunismo

Uno de los hechos más alarmantes hoy día es el confusionismo reinante en el campo de los que se profesan anticomunistas. La oposición anticomunista que coordinada pudiera constituir una formidable fuerza de choque, dividida como está en mil intereses individualistas y dispares, se diluye ante la poderosa unidad doctrinal del comunismo internacional.

No hay acuerdo entre los anticomunistas sobre cómo combatir al comunismo —la amenaza más seria contra la libertad del hombre desde la creación del mundo—, mientras los comunistas con férrea dialéctica marxista se aprovechan sabiamente del despiste doctrinal y político de sus adversarios. Con frecuencia la oposición entre los diversos anticomunismos es mucho más enconada y fratricida, que la presentada por ellos mismos ante su enemigo común el comunismo.

Procuraremos esbozar una rápida división de las diferentes clases del anticomunismo actual. No se trata de ser exhaustiva. La línea de los diferentes anticomunismos no es muy diferida, y rara vez se encuentra en su pura forma. Lo más corriente es encontrar elementos entrecruzados de uno y otro anticomunismo. Tratamos más bien de presentar en esta división un poco convencional ciertas actitudes y tendencias generales, que con relativa facilidad nos permiten distinguir los diversos anticomunismos.

El anticomunismo antidemócrata

Es el anticomunismo que parte del supuesto verdadero de que el comunismo es el mayor mal que aqueja hoy a la humanidad, pero saca la errónea conclusión de que es lícito combatirlo con toda clase de medios, morales e inmorales, totalitarios y dictatoriales. Este anticomunismo es un enemigo declarado de la democracia. Olvida el principio ético de que el fin no justifica los medios reprobables de represión, que los comunistas emplean para destruir a sus enemigos. Este anticomunismo se distingue por su miopía, y se basa en una filosofía pasada de moda y fundamentalmente malsana.

Como el comunismo es un tumor maligno siempre amenazante, se suprime arbitrariamente la libertad de opinión y de prensa, porque toda crítica contra el orden reinante "huele" a "comunismo". No se tolera la libertad sindical, ni los obreros están legítimamente representados desde abajo por medio de elecciones libres, porque todos estos procesos democráticos fomentan la "subversión". El derecho de huelga no existe, porque es un medio de reivindicación obrera del

que solo se aprovechan los "comunistas". Tampoco hay libertades ni partidos políticos, porque avivan la división, la crítica, el descontento, y en definitiva, el "comunismo". En nombre del "anticomunismo" se encarcela a la oposición política, se dictan leyes arbitrarias, y se ponen en práctica métodos policíacos que violan los derechos más elementales de la persona humana. Es el clásico "anticomunismo antidemócrata", estéril y deseducador, de un solo partido, de un solo sindicato, de una sola opinión pública, de un solo dictador todoprovidente. Cuando el poderío de este "anticomunismo" se desmorona la experiencia nos enseña que deja tras de sí un mundo irreconciliable de rencores, anarquía, inestabilidad política, y venganzas sin cuento. Precisamente en este terreno movedizo los mandos bien formados del comunismo internacional saben moverse con más desenvoltura.

Para este "anticomunismo antidemócrata" que otros tildan de "fascista" o "derechista", el comunismo es una especie de sombra de Frankenstein oculta bajo el ropaje de las instituciones democráticas de las naciones más desarrolladas del siglo XX.

El anticomunismo "superpatriótico"

Es el anticomunismo existente en varios países demócratas entre los elementos más fanáticos y exaltados de la extrema derecha. Es un anticomunismo emocional y vociferador, de velada ascendencia fascista.

Los anticomunistas "superpatrióticos" olfatean el peligro comunista en todo aquello que un gobierno responsable hace por promover una legislación justa y reformas sociales, ciertas formas de socialización necesarias para el bien común de la nación, o una política abiertamente anticolonialista. Estas medidas suelen herir profundamente los sentimientos superpatrióticos de estos fervientes nacionalistas. Resulta mucho más fácil negar el derecho de los pueblos a su autodeterminación, identificar el sano progreso social con el socialismo, y el socialismo con el comunismo, o echar mano de la calumnia para acusar de comunistas a hombres inocentes y de fina sensibilidad social. Así observamos que la O.A.S. (la organización secreta del terrorismo derechista francés) se opone a los planes de De Gaulle en favor de la independencia argelina. Y el fundador de la "Jonh Birch Society", asociación semisecreta estadounidense para combatir el comunismo, no tiene el menor pudor en denigrar a Eisenhower de "agente rojo al servicio de la conspiración comunista".

De nuevo tenemos ante la vista un anticomunismo de aspecto negativo, que solo piensa en términos de represión, uso del terror, y lanzamiento de bombas atómicas, desconociendo el simple hecho de que Rusia posee un poder nuclear retaliatorio comparable al de U.S.A., y de

solución adecuada del injusto orden reinante en las estructuras sociales de la humanidad.

El anticomunismo imperialista

Otros preferirían llamarlo "capitalista" o "liberal" en el sentido decimonónico de la palabra. Es el anticomunismo de los que ven en el comunismo una amenaza peligrosa para sus enormes ganancias e intereses económicos. Es el anticomunismo de los intereses creados. La ambición desenfrenada de lucro le induce a la explotación inicua de los trabajadores, a la imposición de injustas condiciones de trabajo, y a la supresión de los sindicatos obreros que tratan de poner remedio a esta intolerable situación.

Campeón del individualismo exagerado en economía, en tanto le afecta el comunismo, en cuanto su política de nacionalización de las empresas, de colectivización y de mejoramiento de la clase obrera, compromete seriamente el futuro de sus exorbitantes dividendos y el sistema de libre empresa. Es el anticomunismo que no teme apoyar, con su poderoso bolsillo, a gobiernos dictatoriales que reprimen por medio de la fuerza bruta al comunismo, y todo aquello que en su mente confusa es afin al "comunismo", porque tiene como objetivo la promoción de indispensables transformaciones sociales. Anticomunismo contradictorio y ciego, no llega a percatarse de que esta política individualista de lucro desmesurado, es la mejor levadura para reavivar el comunismo en el mismo interior de sus empresas.

Este es el extraño anticomunismo de muchas compañías capitalistas que han amasado su riqueza en nuestra América Latina a costa de la esclavitud y desprecio de la dignidad humana de sus obreros.

El anticomunismo "superprudente"

Es el anticomunismo medroso que en nombre de una desesperante "prudencia" teme llevar hasta sus últimas consecuencias la validez de los principios éticos y morales en que se fundamenta la doctrina social cristiana. Este anticomunismo sabe emplear, como nadie, palabras fuertes contra el comunismo ateo y materialista, pero la "prudencia" le impide hablar claramente contra aquellas fragantes injusticias con frecuencia perpetradas por gente religiosa y practicante.

A este anticomunismo únicamente parece hacerle mella el conocido adagio comunista "la religión es el opio del pueblo". Baja al campo de batalla a defenderse como un león cuando el comunismo ataca a las instituciones religiosas, a las escuelas de la Iglesia con detrimento de los derechos de la educación privada o a la libertad de expresión de la Iglesia. Sin embargo, enmudece lamentablemente porque lo pide la "prudencia" cuando la injusticia reinante clama al cielo, y exigiría la más absoluta condena y reprobación de parte del clero.

Los adalides de este anticomunismo nunca se

equivocan, porque en nada se comprometen. Inhiben su acción porque en todo aquello que supone un cambio social se invierte un riesgo, que es "imprudente" correr. En nombre de "la prudencia" la doctrina social de la Iglesia expuesta en las grandes encíclicas sociales se convierten en una ridícula caricatura. Se saben de memoria aquellos párrafos que propugnan el "principio de subsidiaridad", pero ignoran aquellos otros en los que los abusos de los económicamente poderosos son fustigados o se plantean los principios de un sano progreso social en armonía con el derecho natural y las enseñanzas evangélicas. Tal vez sea éste el anticomunismo que más escandaliza a la clase obrera y a aquellos cristianos dotados de una delicada conciencia social.

Es el anticomunismo todavía no del todo convencido de que los sacerdotes deben recibir una sólida formación en materias sociales y económicas, porque estas son ciencias que infunden ideas demasiado naturalistas y seculares, ajenas a la vocación sacerdotal. Establecer además la moralidad o inmoralidad de ciertas prácticas sociales y económicas es interferirse en la política" con menoscabo de la misión exclusivamente espiritual de la Iglesia y de sus ministros. En definitiva, es un anticomunismo tímido que temeroso de enajenarse el favor de ciertos sistemas políticos o personas influyentes, no se atreve a aplicar integralmente los principios de la doctrina social cristiana.

Los anticomunistas hasta ahora analizados son considerados comúnmente como derechistas, y en general se caracterizan por su falta de auténtica conciencia social. Hay otros anticomunismos, colocados en la izquierda, que no es menos conveniente examinar.

El anticomunismo "supercristiano"

Si el anticomunismo "antidemócrata" peca por miopía, el "supercristiano" se distingue por su astigmatismo, y si el anticomunismo "superprudente" yerra por prudencia, el "supercristiano" se señala con frecuencia por su imprudencia, y si al comunismo "superpatriótico" las emociones se le van por la derecha, al "supercristiano" se le escapan por la izquierda. Anticomunismo con hondas preocupaciones sociales no distingue sin embargo, suficientemente la línea que separa al cristianismo del socialismo marxista leninista.

Es el anticomunismo de ciertos sectores católicos que tienen a título de honra denominarse "izquierdistas", y que creen no hacer concesiones en el terreno de los principios, cuando en la práctica de la acción política tienden la mano a los comunistas, propugnan la coexistencia con los mayores enemigos de la democracia, y aun forman coaliciones con ellos. Es el anticomunismo que de inmediato se deja encandilar por ciertos redentores sociales, del tipo Castro, a los que reque en ningún caso una guerra atómica sería la visten de un idealismo exagerado, y aun de cuali-

dades geniales y hasta cristianas, que evidentemente no poseen. A menudo se confiesan militantes de este anticomunismo "supercristiano" o "progresista", muchos católicos con una débil formación filosófica cristiana, pero que por haber leído algunas páginas de Maritain y unos cuantos artículos traducidos de Mauriac, ya se creen intelectualmente equipados para derretir la dureza del comunismo, adaptándose demasiado fácilmente a todas las exigencias de los marxistas.

Este anticomunismo se distingue además con alguna frecuencia más por sus ataques violentos contra otros católicos en franco desacuerdo con su manera de pensar, que por su oposición al comunismo. Para estos anticomunistas por ejemplo, ciertas dictaduras de derecha son intrínsecamente malas e incorregibles, atribuyendo al mismo tiempo a ciertas dictaduras comunistas mil veces más sanguinarias una gran bondad natural y rectitud de intenciones.

Es un anticomunismo de buenas intenciones, convencido en lo más profundo de que él solo posee la recta interpretación cristiana de los problemas sociales, e ilusionado con la esperanza de "cristianizar" al comunismo, pero fundamentalmente ingenuo. Sin duda alguna le hace falta estudiar mejor la filosofía cristiana, y la historia criminal del comunismo desde la revolución rusa hasta nuestros días.

El anticomunismo pacifista

Es un anticomunismo extremadamente peculiar. Se caracteriza primero por su pasividad e inercia, y segundo, más por su anticapitalismo y antiimperialismo, que por su anticomunismo. Es un anticomunismo falaz, porque ante el error y la inmoralidad no hay pacifismo o neutralismo que valga.

Es el anticomunismo que se profesa al mismo tiempo anticapitalista, sin comprometerse en nada. Anticomunismo utópico, ignora por razones de convivencia política, la historia de conquista totalitaria y de esclavización del comunismo internacional, al paso que condena implacablemente los abusos y errores de los llamados países capitalistas.

Este anticomunismo tiende a favorecer todas aquellas organizaciones de veladas tendencias pro-comunistas que abogan por la "paz", la "amistad" entre los pueblos, la "cesación" de experimentos nucleares cuando los están realizando los norteamericanos, el "desarmamento", y la abolición del "colonialismo", como el medio mejor para preservar la paz. Si los soviéticos se arman hasta los dientes, lo hacen por necesidad y muy contra su voluntad, con el fin de defenderse de las continuas amenazas "imperialistas". Este anticomunismo es tal vez el mejor compañero de juego del comunismo. Irónicamente ya son consideradas neutrales naciones como Yugoslavia y Cuba, en las que reina la más totalitaria de las dictaduras comunistas.

A este anticomunismo le falta voluntad para luchar, y con relativa facilidad sucumbe ante las arteras estrategias del marxismo-leninismo. Por desgracia es el anticomunismo que más confusión y desengaño está creando en el campo de la política internacional.

El anticomunismo socialista

Pudiera también ser calificado de "socializante" o "liberal" en el sentido americano de la palabra.

Es el anticomunismo honestamente preocupado más que por el comunismo en cuanto tal; por aquellos problemas fundamentales que provocan desequilibrios peligrosos en la sociedad. De ahí que no gaste sus energías en salvadas directas contra el comunismo. Más bien trata de curar la raíz de los males sociales que por reacción provocan el comunismo. Intenta corregir las desigualdades y males sociales más agudos por medio de audaces programas de reformas agrarias, viviendas, subsidios familiares, seguridad social, socialización de los servicios médicos, mejoramiento de las relaciones obrero-patronales, planes educacionales, y otros más por el estilo. Este anticomunismo es consciente de que el comunismo fracasa rotundamente, cuando una nación sabe crear y mantener, mediante una sana democracia, un alto grado de bienestar social, del que todas las capas sociales resultan beneficiarias.

Con todo, es un anticomunismo que por falta de una sólida filosofía ve que sus esfuerzos, a menudo incompletos e infructuosos, se estrellan ante la solidez doctrinal y filosófica del comunismo.

La lucha final contra el comunismo es algo más que la pugna del materialismo sin alma del Occidente contra el materialismo militante del Oriente. Este anticomunismo socialista considera solamente el aspecto material de la lucha total contra el comunismo, y este incalculable error de perspectiva condena sus laudables esfuerzos a una catastrófica esterilidad. El materialismo es la mayor calamidad del mundo de hoy y el que lleva al mundo comunista y al no comunista a la destrucción.

El anticomunismo cristiano

Nos queda finalmente por analizar el verdadero y auténtico anticomunismo, que en sí mismo constituye una categoría aparte y singular. Sin ser neutral ni pacifista, no se identifica ni con el anticomunismo de la derecha ni con el de la izquierda. Es sencillamente un anticomunismo cristiano que se resiste a toda clasificación, fundado en las enseñanzas evangélicas y en las grandes encíclicas sociales y discursos de los Pontífices León XIII, Pío XI, Pío XII, y Juan XXIII. Este anticomunismo no se confunde con ningún sistema político o forma de gobierno pero en el fondo, cree que la verdadera democracia brota

naturalmente de las tradiciones y valores culturales del cristianismo, y que asimismo en una sociedad democrática pueden más fácilmente florecer los valores y tradiciones del cristianismo.

Profesa este anticomunismo que los hombres en su calidad de seres racionales poseen ciertos elementales derechos que merecen respeto como la libre expresión de opinión por escrito o de palabra, la sindicación no forzada, y la selección de partido político o propia forma de gobierno por medio de elecciones libres.

Es un anticomunismo positivo que hace gala de un sincero patriotismo sin estridencias nacionalistas, que cree en el derecho de autodeterminación de los pueblos, y en el franco rechazo de la calumnia y la acusación infundada como un medio justificado para combatir un fin malo como es el comunismo. Este anticomunismo detesta la siembra de la duda, el odio y la desconfianza entre los hombres, y la ridícula identificación de necesarias reformas sociales con el socialismo, y el socialismo con el comunismo.

El anticomunismo cristiano condena los abusos del capitalismo, y no aprueba que el afán exagerado de lucro sea factor más importante de la actividad económica. La rudeza del individualismo económico ha forjado condiciones insostenibles que exigen una reforma urgente y eficaz de todo el orden social. Defiende que el principio de subsidiaridad es una norma perenne de filosofía social, pero juntamente reconoce que en nuestro mundo contemporáneo el Estado debe tomar sobre sus espaldas responsabilidades que la iniciativa privada es incapaz hoy día de llenar cabalmente.

Es un anticomunismo atrevido y revolucionario en la medida que el Evangelio y las Encíclicas Sociales son atrevidas y revolucionarias. Su objetivo es instaurar un nuevo orden social de acuerdo con los principios del Evangelio. Es, por tanto un anticomunismo que no se avergüenza en nombre de la prudencia de exponer clara y tajantemente las verdades crudas de la doctrina social de la Iglesia. Sacrificar la verdad por temor de disgustar a los poderosos es adulterar el significado más profundo de las enseñanzas sociales de la Iglesia. Es un anticomunismo que impone a todos, capitalistas y obreros, clérigos y laicos, serios derechos y obligaciones en nombre de la justicia social. Es un anticomunismo digno de nuestro tiempo que empuja a todos, sacerdotes y fieles, a desarrollar la acción social requerida urgentemente en el momento actual.

El anticomunismo cristiano no se deja atraer por el halago engañoso de consorcios intelectuales y políticos con el marxismo. Los principios teóricos y doctrinales del cristianismo son definidos y tajantes, y no pueden comprometerse en el terreno práctico de la acción política con fútiles coqueteos con partidos y asociaciones de indudable línea marxista. El marxismo leninismo con su

dialéctica materialista nada original enseña en el terreno práctico de la acción política o en el de la teoría, al cristianismo, que, por el contrario, en sus realizaciones y filosofía es muy superior a todo lo que puede dar de sí la política y filosofía del marxismo.

El anticomunista cristiano no es pacifista ni neutralista. En la pugna eterna entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre el espíritu y la materia, no hay tintas medias.

Es un anticomunismo que promoviendo a toda costa el mejoramiento y transformación material del orden social de acuerdo con los postulados del bien común y la justicia social, sabe mantener intacta su entraña espiritualista, de la que deriva su fuerza e incesante energía. Un anticomunismo que creen en el destino eterno del hombre, sin ignorar al mismo tiempo que ese mismo hombre tiene serias tareas que realizar sobre la tierra. Este anticomunismo reúne felizmente todas las cualidades de los otros anticomunismos y evita todos sus graves defectos. Un anticomunismo, cuya acción social se deja guiar firmemente por los principios incommovibles y espirituales de una filosofía perenne y las normas éticas de una doctrina social sin parangón.

Ya es hora que los católicos nos convenzamos de los inmensos valores positivos de la doctrina social cristiana. Mientras la pobreza, la injusticia y la escasez paseen sus rostros escuálidos por nuestras grandes poblaciones y regiones campesinas, no podemos sentirnos halagados en nuestra lucha anticomunista. No debemos tolerar por más tiempo que los comunistas se nos adelanten con sus falsos programas mesiánicos de reivindicación social ni que alardeen de ser los auténticos campeones de los inicualemente explotados, de los desposeídos, de los pobremente vestidos y de los desnutridos. En vano trataremos de derrotar al comunismo ateo si no se implanta un recto orden social según los principios tan luminosamente expuestos por los Romanos Pontífices. Como católicos tenemos la perentoria función social de penetrar y transformar las instituciones políticas y sociales. Nuestro deber es positivo y no se termina meramente con la lucha contra el materialismo comunista o capitalista.

Para combatir al comunismo necesitamos vivir un cristianismo integral, enraizado en una fe profunda y dinámica, que no teme a la verdad y lucha enérgicamente por el reinado de la paz, la justicia social y la caridad. Los cristianos poseemos un mensaje mucho más esperanzador y rico en promesas que el de los comunistas, un pasado mucho más fecundo en realizaciones, y muchas más razones para mostrarnos confiados. Solamente nos hace falta practicar y manifestar en nuestras vidas esta confianza y optimismo.

RAFAEL M. BAQUEDANO, S. J.